



# Julio César

Agobiados por la vergüenza y los sufrimientos que debieron de causarles las revueltas y las dictaduras militares de Mario y Sila (que habían durado más de medio siglo), males todavía peores esperaban a los “padres” senadores. Conocían la conspiración que tramaba Catilina, un joven patricio arruinado que debía producir tumultos para acabar con lo poco de fortuna y poder que quedaba a los conservadores. Los conjurados habían preparado con todo detalle los incendios y homicidios que debían realizarse por toda Italia, pues la conspiración tenía ramificaciones desde el Sur, en Calabria, hasta los Alpes. Se había incluso establecido una capital en Fessule, la actual Fiesole, junto a Florencia. Allí se habían acumulado las armas para repartir y las listas de los que debían sacrificarse, ya en sus haciendas, ya en sus personas.

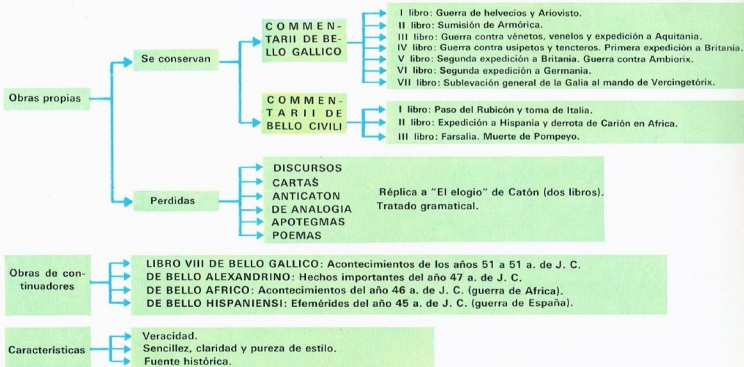
El año en que debía estallar la insurrección era cónsul el famoso abogado Marco Tulio Cicerón, que, cuando creyó tener la

completa evidencia de lo que tramaba Catilina, pronunció en el Senado los discursos elocuentísimos que después publicó en el texto llamado *las Catilinas*, que han quedado como modelos de elocuencia romana. Catilina se excusó con otro discurso en el que reconocía su derecho a la conspiración por haber sido tratado injustamente cuando las dictaduras. Hizo resaltar su carácter patricio de vieja estirpe romana comparándolo con el del cónsul, casi extranjero, por haber llegado de Arpinum, ciudad de frontera y sin antecesores que hubieran prestado servicios a la patria. Sin embargo, viendo la tempestad que amenazaba, marchó sin demora con algunos amigos a Fiesole, la capital improvisada de la conjuración. Allí formó un ejército de dos legiones. Con ellas hizo frente a las fuerzas del Senado y fue derrotado y muerto en la batalla de Pistoya.

Mientras tanto, Cicerón se daba prisa en ajusticiar a los conjurados que habían quedado en Roma; siete cabezallas fueron es-

*Este fue el escenario de las campañas de César en la Galia, visto por un geógrafo del siglo IV que compuso este mapa con las rías de la Galia romana de su tiempo (Biblioteca Nacional, Viena). A la llegada de César, la población indígena no formaba una masa estable, sino que era un mosaico de pueblos en continuas hostilidades entre sí y contra las tribus limítrofes.*

## JULIO CESAR COMO ESCRITOR



trangulados en el tenebroso Tullianum, antro del tiempo de los reyes etruscos, al pie del Capitolio. La sumaria ejecución de los conspiradores no fue aprobada por unanimidad; en especial, César, que estaba entonces en Roma, y el opulento Craso protestaron en sendos discursos, lo que hizo creer que ambos habían pensado aprovecharse del cambio que proyectaba Catilina.

Ya hemos explicado cómo y por qué el Senado había tenido que ahogar la rebelión del rey del Ponto, un bárbaro ferozmente enemigo de Roma. Para combatir a Mitrídates, rey del Ponto, el Senado empezó por enviar a Lúculo. Este obligó a Mitrídates a rendirse y pagar una fuerte indemnización. Pero Mitrídates reincidió en sus violencias y fue necesario enviar una segunda expedición con Pompeyo como general.

*Busto de Marco Tulio Cicerón, el más famoso de los oradores romanos (Uffizi, Florencia).*

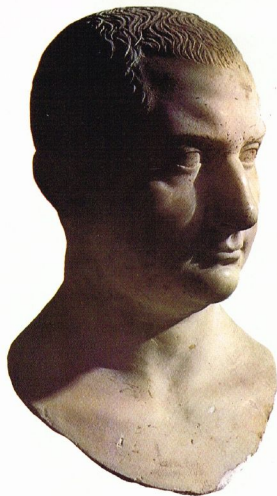
*Su obra escrita es importante en la literatura clásica latina.*

*En política, su prestigio fue notable cuando desbarató la conspiración de Catilina, pero su actuación posterior, en difícil equilibrio entre la justicia y la conveniencia, no fue afortunada. Estuvo desterrado varias veces y acabó trágicamente, debido a causas políticas.*



El sucesor de Lúculo en Asia, Pompeyo, era un aristócrata de limpia sangre, antiguo ayudante de Sila y ahora amigo de los demócratas. Las revoluciones, a la larga, crean grupos de intereses, y lo que ha empezado como un contraste de ideas, acaba por ser una lucha entre dos bandos opuestos, sin ninguna idealidad. Ya en este terreno no resulta tan deshonroso desertar de un sector de la opinión para alistarse en el de enfrente. En realidad, los programas de reforma significaban bien poco en Roma después de Sila; subsistían sólo dos vagos sentimientos contradictorios: el odio a la aristocracia degenerada, por parte del pueblo, y un respeto estúpido a la tradición, por parte del Senado. En estas condiciones, un aristócrata de talento, como Pompeyo, puede pasarse al partido democrático sin grave escándalo de sus conciudadanos.

Pompeyo había actuado siempre como conservador, hasta que le convino congraciarse con los demócratas para conseguir el mando del ejército del Asia. Había combatido antes en África a los generales de-



*Busto de Pompeyo, una de las personalidades romanas más importantes en el complejo período que precedió a la instauración del Imperio (Museo Nacional, Nápoles). Como general paseó sus ejércitos victoriosos por España, norte de África y Asia Menor, siendo aclamado en Roma al regreso de sus campañas. Como político se opuso tenazmente a la obra de Mario y formó con César y Craso el primer triunvirato. Pero cónsul único en 52 a. de J. C., sufrió el ataque de César, que descendía triunfante de la Galia, y fue vencido en Farsalia. Tras la derrota huyó a Egipto y allí fue asesinado.*



*Puerta romana en la ciudad gala de Autun, que con Lyon eran las poblaciones más importantes de la Galia Lugdunense. En sus proximidades, César derrotó en un encuentro a los helvecios para evitar que éstos cruzaran la provincia narbonense y arrancaran a Roma el control del sur de la Galia.*



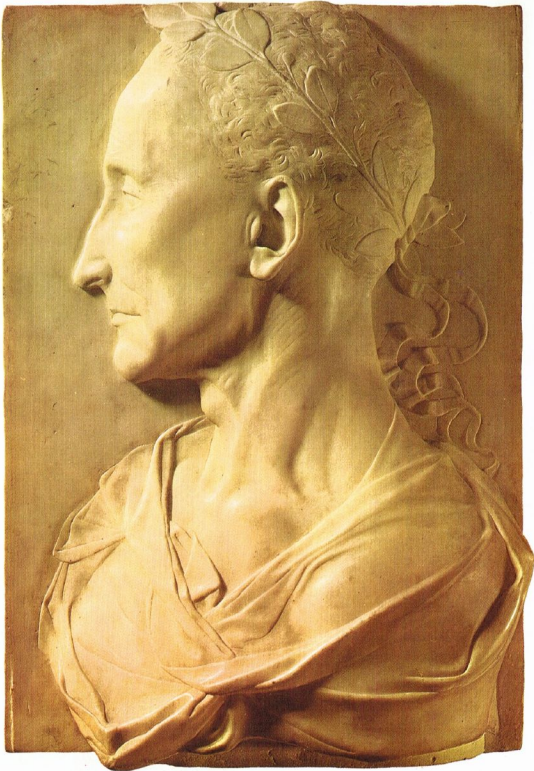


Pompeyo regresó a Italia con todo el oro y joyas de Mitridates. Su triunfal entrada en Roma duró tres días, deslumbrando al pueblo con tantas alhajas de oro y pedrería. El único que no debió de conmoverse mucho al contemplar el desfile sería el viejo Lúculo, que desde sus jardines de la colina del Pincio podía recordar con qué dificultades había asegurado este triunfo de que ahora se inflaba Pompeyo.

Sin embargo, lo que más le engrandeció a los ojos del pueblo romano fue ver que Pompeyo el Magno, como le llamaban, no mostraba pretensiones a la monarquía ni siquiera a la dictadura. Cuando se hallaba todavía en Oriente, se temía en la capital que a su regreso se convertiría en un nuevo Sila. Roma se había acostumbrado, con Mario y Sila, a ver como un general se servía del ejército para sus fines políticos; en cambio, Pompeyo procuró despojarse de sus honores y no ser más que un simple ciudadano. Se hizo construir una gran casa en el centro de la ciudad y además mandó levantar un vasto teatro para el pueblo, pórticos y una curia para las reuniones del Senado.

Pero Pompeyo había ido al Asia propuesto por el partido democrático, y durante su ausencia habían ocurrido graves sucesos, cuyas consecuencias duraban todavía. Era casi imposible para un hombre joven, y con el prestigio de Pompeyo, permanecer en la abstención como un segundo Lúculo. Por de pronto, el Senado había recobrado cierto vigor con el concurso eficaz de nuevos senadores. Uno de éstos era el joven Catón, aferrado aún a los viejos convencionalismos de la aristocracia romana, pero creyendo de buena fe que ésta aseguraba la mejor manera de vivir dentro de los principios de la filosofía estoica, entonces de moda. Este segundo Catón es un verdadero caso de fe filosófica. Educado por su padre en el puro estoicismo, cuando vio que el porvenir sería fatal para él y todos los que creían en algo más que en la vida sin propósito moral, se suicidó. Marchó al África y allí pasó su última noche leyendo un diálogo de Platón, que creemos sería el *Timeo*.

Por su parte, los demócratas contaban entonces con nuevos jefes. El más influyente era el ex conservador Craso, quien había hecho una fortuna enorme comprando los bienes de las víctimas de Sila y después prestando dinero a rédito. Otro era el sobrino de Mario, Cayo Julio César. Hombre de temperamento vigoroso y de un sentido político rarísimo, César estaba destinado por la Némesis de la Historia a ser el personaje más importante de la revolución romana y el fundamento de la nueva dinastía que ya se había hecho inevitable. La familia de César,



aunque arruinada, era una de las más ilustres de Roma. Huérfano de padre, César conservó siempre, en medio de su vida agitada, un gran afecto a su madre. Durante el terror de Sila, aquel sobrino de Mario escapó de las listas de proscripción porque su juventud le hizo parecer inofensivo. Marchó después a Rodas, donde había una excelente escuela de retórica, y, tras varios años de estudio, acabó su educación viajando por Oriente. Es ya una revelación de la vitalidad y el optimismo de César la primera leyenda que inicia el repertorio de sus hazañas. En los viajes desde Rodas fue apresado por piratas; éstos exigían veinte talentos como rescate para concederle

**Busto de Julio César, coronado de laurel (Museo del Louvre, París). Desde su puesto del primer triunviro, en el que eclipsó por completo a los otros dos triunviros, trabajó por crear leyes justas que mantuvieran las provincias a salvo de la explotación de los romanos influyentes. El mismo recibió del pueblo el mando de la Galia, adonde partió con intención de someterla a Roma, formar un ejército ordenado y asegurar el paso de Italia a España.**

*Estatua fragmentaria de un soldado galo vestido con una túnica metálica y armado con un escudo (Museo Lapidario, Aviñón).*



*Anverso y reverso de una moneda de Vercingetórix con la joven efigie del caudillo galo (Gabinete de Medallas, París). Polarizando en su persona el espíritu de resistencia a Roma, Vercingetórix se hizo fuerte en Alesia y resistió al ejército de César, con la colaboración de numerosas tribus del país. El genio militar del romano se impuso a la dureza de los bárbaros, que pagaron con su vida la defensa de su libertad.*



la libertad. César ofreció darles cincuenta. Los pidió a sus amigos, y éstos le enviaron el gran caudal que necesitaba. Pagó a los piratas y todavía armó unas galeras para combatir a aquellos mismos piratas que se mofaban del joven romano. Ahorcó a algunos, a otros los hizo vender como esclavos en Pérgamo y recobró así su rescate.

A su regreso a Roma, César se asoció con Craso, el opulento banquero, y ambos dirigieron a su arbitrio la política del estado durante las ausencias de Pompeyo. Pero éste regresó también y el triunvirato se hizo inevitable. Empezaron con un reparto provi-

sional de poderes, sin autorización del Senado. Al banquero, que era el más influyente por su fortuna, se le concedió el gobierno de los países más allá del Éufrates. Craso pensaba repetir las conquistas de Alejandro. Era una posibilidad nada más, aunque muy honrosa. Pompeyo quedaría en Roma para poner orden y paz en la capital, en plena anarquía por las querellas de bandas de gladiadores que, como asesinos y ladrones, luchaban a muerte por las calles. Por último, César, el más joven y recién llegado, debía contentarse con la gobernación de la Galia Cisalpina, o sea la región de Italia entre los



## CRONOLOGIA DE POMPEYO (106 A 48 A. DE J. C.) (Cnaeus Pompeius Magnus)

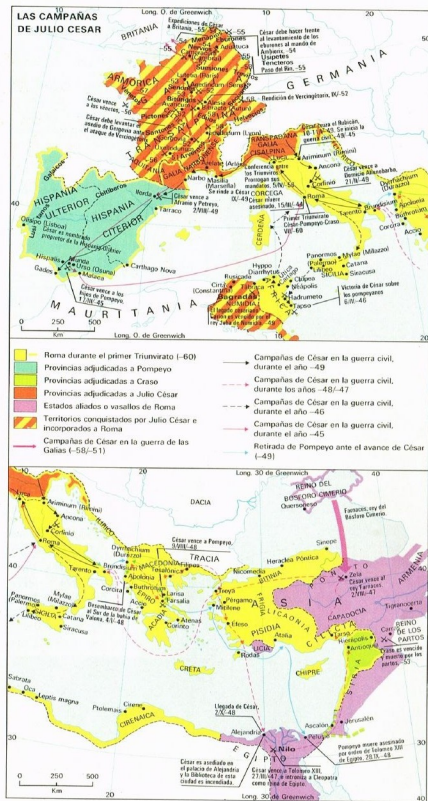
106	Nace en Roma.				
90-88	Participa en la guerra social o mársica.				
83	Partidario de Sila: vence a Carbo y conquista Sicilia y posteriormente a Domicio en África. Entroniza en el reino de Numidia a Jénsal II.				
77	Sofoca la sublevación de M. E. Lépido en la Galia Cisalpina.				
76-71	Termina con la resistencia de Sertorio en Hispania.				
71	Concluye con los últimos restos de resistencia de la guerra de esclavos de Espartaco (73-71).				
70	Es elegido cónsul.				
67-66	Por la <i>lex Gabinia</i> y <i>Masilia</i> se le concede la concentración de poderes.				
67	Libra el Mediterráneo de piratas en la guerra contra éstos.				
66-64	Finaliza la tercera guerra mitridática, venciendo a Mitridates en Lykos y rindiendo a su aliado Tigranes, rey de Armenia. Depone a los seléucidas y Siria se transforma en una provincia romana.				
63	Entroniza a Hircán II en Jerusalén frente a su hermano Aristóbulo y Judea se convierte en un protectorado romano: Farnaces, rey del Bósforo, hijo del fallecido Mitridates, se convierte en su aliado.				
62	Regresa a Roma y licencia su ejército.				
61	El Senado obstaculiza la ratificación de sus disposiciones en Oriente y no atiende a sus demandas en favor de sus veteranos.				
60	Primer triunvirato (Pompeyo, César y Craso). Contrae matrimonio con Julia, hija de César.				
57	Se le encarga del control de las subsistencias ( <i>cura annonae</i> ) y, a través de Cicerón, se aproxima al partido senatorial.				
56	Conferencia de los triunviros en Luca. A Pompeyo le corresponde la administración de Hispania.				
55	Es elegido cónsul y permanece en Roma.				
54	Muere su esposa Julia.				
53	Muerte de Craso.				
52	Es nombrado <i>consul sine collega</i> y restablece el orden en Roma.				
49	Se inicia la guerra civil (49-45). Pompeyo se retira a Grecia.				
48	Es vencido decisivamente por César en Farsalia. Se refugia en Egipto, pero es asesinado por orden de Tolomeo XIII en Pelusa.				

Alpes y el Apenino, la del fertilísimo valle del Po, poblado de galos romanizados, pacíficos y buenos agricultores. Otro que no hubiese sido un ambicioso del empuje de César, se hubiera contentado con su parte, pero César soñaba siempre con algo más y acabó por conseguir el derecho de imponer su autoridad al otro lado de los Alpes,

o sea la Galia Transalpina. El nombre ya indica que allí, tras los montes, encontraría a los puros galos, de la misma raza que los de la Cisalpina, pero sin civilizar, mejor dicho, sin romanizar, con su religión y sus costumbres, divididos en tribus o naciones que, aunque desunidas, se podían coligar en caso de peligro y crear una oposición al

*Reconstrucción del puente, obra maestra de la ingeniería bélica de la época, que construyeron los soldados de César para atravesar el Rin (Museo Nacional, Roma). Las presiones que los germanos del Rin inferior hicieron sobre los galos del Norte obligaron a César a cruzar el río.*





de estado. César comprendió que la atmósfera insana de la capital no convenía a un temperamento algo intelectual como el suyo; en cambio, en la Galia aprendió a guiarse más por el instinto, a resolver rápidamente y a no desmayar ante las dificultades y decidir bien las cosas. Estas son las cualidades que César hubo de manifestar en el resto de sus días, éste el bagaje que trajo de la Galia.

César había hecho amistad y aun contraido alianzas con algunos jefes de las tribus galas, a las que parecía fácil imponerse empleando el tacto y la urbanidad que manifestó toda su vida. Pero los galos tenían sus querrelas, y algunas tribus se resentían de aquella civilización que venía a imponerles el romano. Así fue como algunas "naciones" galas que estaban junto a la Germania pidieron auxilio a los teutones y éstos cruzaron el Rin conduciendo por un jefe llamado Ariovisto. César tuvo que rechazarlos para evitar que se desbordaran en masa sobre la Galia y hasta llegaron a invadir Italia, como ya habían hecho otras veces. Para asegurarse de que el gran río quedara como frontera definitiva, César construyó un gran puente



*Coraza de bronce usada por los soldados galos en la guerra contra César (Museo de Saint-Germain-en-Laye). La lucha cuerpo a cuerpo exigía una total protección de las partes más vulnerables del cuerpo humano.*

conquistador romano. César tenía entonces cuarenta y dos años y estuvo diez más en Francia guerreando contra los galos.

Los resultados de las campañas de César en la Galia fueron la conquista de una nueva provincia, casi en las puertas de Roma, y asegurar la frontera de Germania, para que no se repitiera la vergüenza de tener que temblar ante el amago de una invasión de los teutones, como en los días de Mario. Pero el todavía más importante resultado fue templa-  
plar el carácter de César y hacer del aventu-  
rero jefe de partido un gran general y hombre





de troncos sobre pilotes junto a Bonn, donde el Rin es más vadeable, y edificó un formidable castillo-reducto con torres al otro lado, ya en Germania.

Otro peligro amenazaba por el Norte. César había logrado ganarse la amistad de algunos jefes de las tribus galas de las costas frente a la Gran Bretaña. Allí había gentes de un tipo análogo a los celtas-galos de Francia, los llamados bretones, y se agitaban esperando auxilio de sus hermanos de raza del otro lado del canal.

César organizó una expedición con

ochenta buques y desembarcó, obligando a reconocer su fuerza a los isleños. Libre de aquellos peligros, César pudo continuar la organización de la Galia, construyendo caminos y fortificando los lugares estratégicos por todo el vasto país que se le había confiado.

Las ciudades capitales de región fueron reforzadas con murallas y puertas, y la tierra distribuida por agrimensores en campos laborables asignados a los propietarios que parecían adictos a los romanos. César no organizó un sistema municipal diferente del

*Fragmento de un relieve en que aparece un galo blandiendo su espada contra un soldado romano que, al parecer, pretende tarbar la tranquilidad de su cabaña y de sus moradores (Museo del Louvre, París).*

## CRONOLOGIA DE CAYO JULIO CÉSAR (100 A 44 A. DE J. C.) (Caius Julius Caesar)

100	Nacimiento. Hijo de Cayo Julio César y Aurelia, y sobrino de Mario.		oratoria. Es apresado por los piratas.	58-51	Campañas de las Galias.
85	Muerte de su padre.	74	Interviene en la tercera guerra mitridática.	55	Conferencia de Lucca (5-IV) de los triunviros. Acuerdan prorrogar sus mandatos.
84	<i>Flamen dialis</i> , decide contraer matrimonio con Cornelia, hija de Cinna.	73	Designado pontífice y tribuno militar.	54	Muerte de su madre.
83	Nacimiento de su hija Julia.	68	Cuestor en Hispania.	50	El Senado le ordena licenciar sus tropas y acudir a Roma si desea aspirar al consulado del año 49.
82	Sila le perdona su parentesco con Mario.	65	Edil curul y juez cuestorio.	49	Desobedeciendo, cruza el Rubicón, límite de su provincia, e inicia la guerra civil (49-45).
81	Acompaña a Asia al pretor M. Minucio Termes y traba amistad con Nicomedes, rey de Bitinia.	63	Pontífice máximo.	48	Batalla de Farsalia. Victoria decisiva sobre Pompeyo.
78	Emprende la lucha contra los piratas en Cilicia con el procónsul P. Servilio Vatia.	62	Pretor.	47	Entroniza a Cleopatra VII como reina de Egipto.
77-76	Se distingue en la oratoria (acusaciones contra C. Cornelio Dolabella y C. Antonio).	61	Propretor en Hispania Ulterior e imperator.	46	Reforma juliana del calendario.
75	Acude a Rodas, cerca de Apolonia Molón, para perfeccionar su	60	Acuerdo con Pompeyo y Craso (primer triunvirato: César, Pompeyo y Craso).	45-44	Amplias reformas. Le es concedido el título de <i>imperator</i> , es nombrado dictador perpetuo y se planea darle el título de rey. Muere asesinado en Roma.
		59	Cónsul único por retirada de su colega Calpurnio. <i>Lex de imperio C. Caesaris</i> (se le conceden cuatro legiones y las Galias Cisalpina, Narbonense, Transalpina y el Ilirio por cinco años).		

Reconstrucción ideal de un centurión romano del siglo I antes de J. C. (Museo Nacional, Roma). El centurión, o jefe de una centuria, había llegado a su cargo por méritos personales y años de servicio en las legiones. Su misión era hacer rendir el máximo a sus cien legionarios. Para hacer cumplir las órdenes llevaba en la mano una vara de sarmiento.



que ya tenían los galos, no impuso la religión latina, toleró los colegios o comunidades religiosas de los druidas, que tenían carácter nacional o intertribal. No tenemos un exacto conocimiento de lo que era esta religión gala o celta, porque los druidas, que tenían escuelas donde enseñaban de memoria los cánticos y liturgias, sólo nos han dejado vestigios de sus textos sagrados, pocas inscripciones y menos aún monumentos y esculturas.

Pero había que pagar el impuesto, que César fijó anualmente en cincuenta millones de francos oro; había el servicio de prestación para construir y reparar obras públicas; había el de aprovisionamiento de las legiones, pues César nunca importó grano de Italia; había, sobre todo, el sentido de superioridad que el galo percibía en el romano. Si bien algunas tribus habían comprendido las ventajas que encontraban en la ocupación romana, otras estaban descontentas hasta el extremo y preparaban la rebelión. Ésta se tramó en el hogar más firme de las costumbres celtas, en el centro de las Galias. Era un centro dirigido por una comunidad de druidas y con un gobierno teocrático que tenía carácter monárquico. César había consentido en dar el título de rey a uno de los jefes arvernos, que parecía adicto a su persona. El hijo de aquél, Vercingetórix, le acompañó como lugarteniente en su expedición a la Gran Bretaña. Pero en una refriega con motivo de la elección de su rey, los arvernos destrozaron un destacamento romano y, naturalmente, fueron castigados.

Decidido Vercingetórix a vengarse ata-



*Anverso y reverso de una moneda mandada acuñar por César con la efigie de un Vercingetórix viejo, vencido y marcado por el dolor*

*(Cabinete de Medallas, París). Con este aspecto le verían los romanos desfilar uncido al carro del vencedor. Encarcelado en la cárcel del Tulliano, fue estrangulado algunos años después.*



cando o defendiéndose, lanzó el grito de guerra e invitó a todos los jefes de las tribus galas a que enviaran destacamentos de refuerzo al ejército que estaba preparando. Los contingentes se reunieron cerca de Orléans y de allí, en marchas y contramarchas que acababan en verdaderas batallas, llegaron galos y romanos al lugar donde iba a decidirse la suerte final. Porque de haber salido derrotados los romanos, César perdía cuanto había

logrado en siete años de campañas. Vercingetórix situó sus mesnadas en los declives del monte Auxois. En lo alto de la colina estaba el poblado de Alessia, que nadie se atrevió a molestar. Alrededor del montículo de Alessia, César construyó fortificaciones de tierra que envolvían completamente al ejército de Vercingetórix. El cerco duró varios meses y los galos contaban con los refuerzos pedidos a los jefes amigos, que llegaron al

*Reconstrucción de un carro triunfal romano (Museo Nacional, Roma), sobre el cual, según costumbre reglamentada, el general vencedor en los frentes de batalla entraba en Roma en medio del entusiasmo popular. Cuando la hostilidad romana empezaba a poner las cosas difíciles para César, éste cruzó el Rubicón y avanzó hacia Roma con una sola legión, mientras Pompeyo y los representantes del poder senatorial abandonaban la capital, temerosos del gran triunfador de las Galias.*





*Detalle de la "Muerte de Julio César", pintura del siglo XIX, por V. Camuccini (Museo de Capodimonte, Nápoles). Poco antes de emprender su proyectada campaña contra los partos, cuyo triunfo hubiera dado a César la corona real, un grupo de republicanos decidieron darle muerte para devolver la libertad a la República. Reunido con el Senado en la curia de Pompeyo, fue acerbillado a puñaladas.*

fin en abundancia. César calcula que los galos que acudieron para librar a los sitiados eran más de doscientos mil. La batalla final fue dirigida por César en persona desde un altozano. Cuando vio que había peligro inminente, vestido con traje consular y el manto de color de púrpura que permitía que le distinguieran de lejos, descendió de su atalaya y devolvió el ánimo a los suyos. Cuando Vercingetórix consideró perdida la partida, se aproximó a César y depuso a sus pies las armas y el casco. César hizo que le enviaran a Roma como prisionero,

y allí el gran gallo tuvo que esperar seis años para aparecer entre el botín del cortejo que debía acompañar a César en sus triunfos.

Los años de guerra habían fomentado el desarrollo de algunas industrias en la Galia Transalpina. Se fabricaba ya el jabón, que es hoy todavía el más excelente del mundo. Se hacían buenos trabajos en madera, tejidos y hasta algo de herrería. El comercio se valía de la navegación fluvial, y los mercaderes utilizaban carritos para vender y comprar. Algo del esfuerzo civilizador de César se conocía y admiraba en Roma. Los que regre-



saban después de haber servido como legionarios, se mostraban admirados de su prodigiosa actividad: cómo atendía a todos los detalles de las batallas en casos difíciles; cómo marchaba al frente del ejército, a pie, con la cabeza descubierta y raras veces aprovechándose de los incómodos vehículos de la intendencia militar. Sobre todo era causa de admiración que César dictara dos despachos a la vez a sus secretarios. Y aún más que escribiera sus memorias en el libro en que explicaba, como si fuera otro quien hablara, sus dificultades. Esta obra, *De Bello Gallico*, es un perfecto y perenne modelo de estilo conciso, casi nos atreveríamos a decir que de elocuencia militar insuperable.

Las noticias y los escritos procuraban en Roma una curiosidad mezclada de terror. ¿Qué haría César, vencedor, al regresar a la



**Marco Junio Bruto, general republicano, por Miguel Ángel (Museo Bargello, Florencia). Protegido de César en su carrera política, planeó contra él el golpe que tenía que devolver la paz a la República, pero no tuvo en cuenta la valía del joven César Octaviano, que, junto con Antonio, lo acorraló y derrotó en Filipo.**

## EL IDUS DE MARZO

Al punto en que habían llegado las cosas, en el ámbito político de Roma existía el convencimiento de que César iba a proclamarse rey. Hasta aquel momento no había osado asumir este título, por comprender que ello ofendía a cuantos habían permanecido tenazmente fieles a los ideales republicanos. Y fueron precisamente esta fidelidad ideal y los temores de lo que pudiera ocurrir en el porvenir los que hasta cierto punto determinaron la formación, entre algunos miembros de la nobleza, de una conjuración para asesinar al dictador.

Esta conjura tuvo como causa el hecho de que César hiciera concentrar en la península balcánica dieciséis legiones, una fuerza enorme, para una gran expedición contra los partos. Aunque el motivo oficial era vengar la derrota sufrida por los romanos diez años antes, pronto comenzó a circular la especie de que, según los oráculos, sólo un rey podría vencer a los partos.

No se puede excluir en modo alguno que César no aspirara a ser rey, aunque sólo fuera de nombre: además de haberse propuesto a Alejandro Magno como ejemplo, toda su acción política de los últimos tiempos parecía encuadrarse en la concepción de un imperio cosmopolita como el que había sido el ideal de Alejandro. Pero como introducir en Roma el principio monárquico no era en absoluto fácil, cabe considerar que César quisiera obtener primero la investidura real en Oriente y hacerla aceptar después a Roma con la fuerza irresistible de un éxito militar grandioso como el que le hubiera podido proporcionar aquella campaña contra los partos.

Sea de ello lo que fuere, recientes actos del dictador permitían alimentar fuertes

sospechas sobre sus verdaderas intenciones. Ya no se ponía de pie para recibir a los senadores, sino que los acogía como cualquier patrono a sus clientes. Además, había hecho colocar su estatua en el templo de Quirino, con la dedicatoria: "Al dios invicto". En los juegos, su imagen tenía que ser llevada en procesión con las estatuas de los dioses. También se le habían decretado ofrendas como a una divinidad.

Por otra parte, a su casa del Palatino se le había añadido un frontón, igual al de un templo, como si se quisiera indicar que allí vivía un dios. Vestía siempre las ropas del triunfador. En su vinculación a Venus Genetrix como origen de su familia alentaba el deseo de atribuirse ascendencia divina. Todo esto hacía pensar que maduraba el propósito de circundar a su persona de un halo sagrado para elevarse después, por encima de los demás hombres, hasta el nivel de los dioses, como había hecho Alejandro. No es que César fuese un místico (fue muy tolerante en religión, como lo fue en política, de acuerdo con su espíritu universalístico), pero el aspecto religioso era una condición necesaria para alcanzar sus fines políticos, que consistían en identificarse con el estado.

Estas novedades exigían concesiones esenciales al espíritu romano, que rechazaba por completo cualquier forma de culto personal. También hallaban oposición en las familias más tradicionalistas, a las cuales era extraña la noción de la apoteosis y que sentían antigua aversión contra el poder personal exclusivo. Incluso aquellos que, como Cicerón, habían admirado en César la generosidad y ecuanimidad hacia sus enemigos vencidos y espereado de él la restauración de los poderes republicanos, empezaban ahora a verle

como el tirano que había que suprimir. Y es sabido que entre griegos y romanos el tiranicidio no era un acto moralmente reproachable.

Así maduró la conjura. Tomaron parte en ella unos sesenta conspiradores, todos pertenecientes a la nobleza, y se contaban entre ellos tantos amigos como adversarios de César. Promotores y organizadores de la conjura fueron Marco Bruto, su cuñado Casio Longino y Décimo Bruto. Cicerón fue dejado aparte. Pero el cerebro de todo fue Marco Bruto, último descendiente de una familia que, según la tradición, había desempeñado el papel principal en el destronamiento de los Tarquinos. En cierto modo se creía un hombre providencial, pero en el fondo era un doctrinario, retrasado para su época.

El 15 de marzo, el día antes de partir para la guerra contra los partos, César acudió al Senado, a pesar de que se le había advertido del peligro que corría. Mientras le presentaban una súplica, los conjurados se le acercaron como si ellos le rogaran también y le agredieron con los puñales que llevaban ocultos bajo la toga. César se defendió hasta que, habiendo recibido ya varias heridas, vio que lo atacaba bruto Marco Bruto, uno de aquellos a quienes creía haber beneficiado más. Entonces, cubierto de sangre, se dejó caer junto a la estatua de Pompeyo. Se contaron veintitrés heridas en su cuerpo.

Con César desaparecía la personalidad más poderosa del mundo romano, el hombre que había querido identificarse con la grandeza del estado romano, creando así una nueva noción política destinada a perdurar con su nombre a través de los siglos.

A. B.

*Copa de los Tolomeos (Biblioteca Nacional, París). La dinastía de los Tolomeos o Lágidas, que empezó cuando Tolomeo I Sóter fue nombrado sátrapa de Egipto a la muerte del conquistador, duró hasta el año 30 a. de Jesucristo, en que Cesarión, llamado Tolomeo XVI, hijo de César y Cleopatra, fue mandado asesinar por César Octaviano, futuro Augusto.*

capital? Por esto cundió el pánico al saber que había pasado la línea de demarcación de su frontera y estaba camino de Roma. Pompeyo, a quien tocaba defenderla, y todos los senadores de su partido huyeron en tropel hacia la costa. Allí se rehicieron y pasaron a Apolonia, en el Epiro, donde comenzaba la Via Egnacia. Establecieron el campamento del ejército pompeyano en el lugar llamado

Farsalia. Vivieron varios meses como grandes señores en tiendas magníficas, agasajándose con lujosos banquetes. Por fin, César se enfrentó con ellos y se trabó en Farsalia la gran batalla que deshizo a los conservadores. Los que no murieron en la acción se desbandaron por Grecia y Asia. En realidad, no tenían plan ni jefe: Pompeyo con sus familiares y algunos adictos se embarcaron para



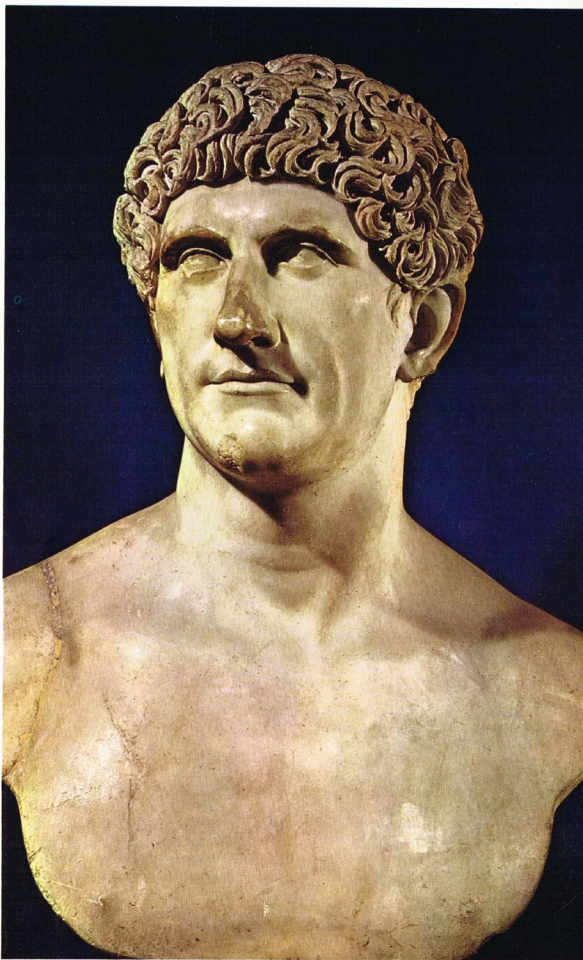


encontrar refugio en Egipto. Al llegar con una gran embarcación delante de Alejandría, los egipcios, pretextando que no había fondo para un buque de aquel calado, invitaron a Pompeyo a que bajara a la de ellos. Allí, a la vista de los familiares y amigos, lo asesinaron traidoramente. Cuando algunos meses después llegó César a Alejandría, le presentaron la cabeza de Pompeyo, que no quiso ni mirar.

En el palacio real de Alejandría, César encontró a Cleopatra, la última de los Tolomeos. Era joven, rubia, de ojos azules, con nariz algo torcida, pero muy aguda en el hablar. Cleopatra se prendó de César, en quien vio un hombre de talla incomparablemente superior a los degenerados macedonios con quienes se habían propuesto casarla. Según la antigua tradición, César aceptó el amor de Cleopatra y vivió con ella en Egipto una larga luna de miel; Cleopatra le dio un hijo, al que llamaron Cesarión. Está representado como ya mayor en un relieve del templo de Dendera. Tuvo vida efímera, pero fue el último faraón.

César tuvo que regresar a Roma porque los conservadores repatriados de la dispersión que siguió a Farsalia estaban preparando la restauración del antiguo régimen republicano, anacrónico, incompatible con el poder absoluto que exigían los tiempos. César tuvo que combatir a los republicanos en África, que habían encontrado auxilio en Juba, monarca de la Mauritania, y en España, donde se habían levantado los hijos de Pompeyo. Juba y sus aliados romanos fueron deshechos por César en Tapsos, y los pompeyanos en Munda, que es hoy acaso Osuna. Se encontró, por fin, en Roma como dictador de un imperio indisputado del Atlántico hasta el Eúfrates. Pudo dedicarse a la reconstrucción del gobierno. No sabemos si en verdad quería coronarse rey, pero con la excusa de impedirlo lo asesinaron cuando iba a pronunciar un discurso explicando acaso sus proyectos en el aula del Senado construida por Pompeyo. Allí, al pie de la estatua del que había sido su colega en el triunvirato, cayó muerto de veintitres puñaladas que le asestaron los conjurados. Ocurrió esto el 44 antes de nuestra era, y César tenía entonces cincuenta y seis años.

¿Quién sabe lo que el dictador, ya sin trabas, hubiera propuesto como nuevo régimen! En los dos años en que actuó como dictador, se manifestó extremadamente liberal. Dio franquicias a todos los que practicaban oficios. Protegió a los artistas: Catulo, el más excelente poeta lírico de la época, fue su mejor amigo. El teatro continuó imitando la comedia alejandrina; los antiguos mimos casi podían considerarse como actores.



*Busto de Marco Antonio, lugarteniente de César en vida y luego sucesor suyo (Museo Vaticano). Para esquivar la oposición de los partidarios de César Octaviano, sobrino del dictador, formó con él y con Lépido el segundo triunvirato. Se encomendó a sí mismo el mando de las provincias de Oriente y entró en contacto con Cleopatra, desarrollando una política que valorizaba la futura dualidad del Imperio. No lo entendió así el futuro Augusto y cortó por lo sano la actividad descentralizadora de Antonio.*

## EL DUUNVIRATO DE OCTAVIO Y ANTONIO. TRIUNFO DE OCTAVIO Y COMIENZO DEL IMPERIO

El año 40, gracias a la mediación de Mecenas y Asinio Polión, Octavio y Antonio acordaron proceder a un nuevo reparto de las provincias: para Antonio quedaba todo Oriente, para Octavio todo Occidente, y para Lépido, en una posición más distanciada cada vez, África. El pacto se selló con el matrimonio de Antonio con Octavia, la hermana de Octavio. Poco después entraba en el acuerdo Sexto Pompeyo, a quien se le reconoció el gobierno de Cerdeña, Sicilia, Córcega y Acaya. Sin embargo, la paz no podía ser una realidad. Octavio se vio obligado a luchar con Sexto Pompeyo y Lépido quiso acudir en ayuda de éste, pero sus tropas se pasaron en masa a Octavio. Lépido tuvo que volver a Roma, donde conservó el cargo honorífico de Pontífice Máximo.

La situación fue evolucionando lentamente. Los odios se aplacaban y todo el mundo tenía un gran deseo de paz y orden. Octavio, jefe de Occidente, con sabias medidas de pacificación de los espíritus, supo explotar hábilmente aquellos deseos difusos y así su posición se consolidó con rapidez. El año 37 se renovó el pacto con Antonio, pero el eclipse de Lépido convertía el triunvirato en duunvirato. A pesar de todo, el enfrentamiento entre los duunvirs iba a ser inevitable.

La conducta de Antonio contribuyó, además, a acelerar la ruptura. Tras la renovación del triunvirato, volvió rápidamente a Alejandría y se casó con Cleopatra, lo cual equivalía a repudiar a Octavio; poco después le hizo donación de las provincias de Cilicia, Siria, Chipre y Cirenaica, con el pretexto de que habían pertenecido a la corona de los Tolomeos. Le dio el

título de "reina del rey", asoció al trono a Césarion, el hijo de César y Cleopatra, y reconoció sucesivamente dignidad real, con derechos sobre territorios romanos, a los dos hijos que él mismo había tenido con Cleopatra. Por último, celebró en Alejandría, con gran pompa, un triunfo sobre los partos con motivo de una expedición que podía considerarse como un fracaso. Todos estos actos fueron presentados en Roma como traiciones que contrastaban manifiestamente con la restauración de los valores tradicionales del mundo romano emprendida por Augusto.

Los poderes de los triunvirs terminaban el año 32. Desde Alejandría, Antonio propuso al Senado que se retiraría a Octavio hacia lo propio, términos que gustaron en extremo a muchos senadores. Octavio, en cambio, contestó haciendo que sus soldados rodearan el Senado y pusieran en fuga a sus enemigos. Poco después publicó el testamento de Antonio, tras haberse hecho ceder por las vestales, que lo custodiaban. En este documento, Antonio disponía que, de morir en Roma, había de ser trasladado a Alejandría y enterrado en la misma tumba de Cleopatra según el rito egipcio. Este repudio de las tradiciones romanas desencadenó un revuelo enorme y muchos de los seguidores de Antonio se pasaron entonces a Octavio.

Llegadas las cosas a este punto, Octavio hizo, para dar una base legal a su poder, que todas las tropas de Occidente le juraran fidelidad. Lo mismo hizo Antonio en el Oriente helenístico poco después. La lucha personal adquirió así el nivel de un grandioso conflicto entre dos mundos de ideales opuestos.

Antonio puso en campaña cerca de 120.000 hombres y una flota de 500 naos. Octavio tenía a sus órdenes unos 80.000 soldados y 400 buques. Las fuerzas del primero eran heterogéneas y no estaban bien equipadas; las del segundo, más homogéneas y mejor organizadas, llevaban en sí mismas el aparato administrativo y militar del estado romano. Una victoria de Antonio, que sería la victoria del universalismo helenístico, no habría puesto fin a la contienda. Una victoria de Octavio sería la de una fuerza unitaria, ordenada, capaz de atraer las partes discordantes de un inmenso imperio para fundirlas en un proceso secular. Por eso sólo a ésta podía seguir una paz duradera. Esto era lo que quizás intuían los combatientes. Antonio, con sus incoherencias de romano orientalizado, en el fondo reflejaba las contradicciones existentes en las fuerzas heterogéneas que mandaba. En realidad, sus soldados no sabían bien por qué luchaban. Por el contrario, Octavio, con una hábil propaganda, cuya fuerza se alimentaba en su íntima convicción, supo identificarse con el espíritu nacional latino-italico; por eso sus soldados se aprestaron a la lucha estimulados por fuerzas morales mucho más sólidas que las que animaban a sus adversarios.

El choque entre las flotas de Octavio y Antonio tuvo lugar en aguas de Accio y terminó con la victoria del primero. Acababa así la secular contienda por el poder personal. El vencedor, que pronto sería llamado Augusto, iba a sentar las bases constitucionales del nuevo régimen imperial.

A. B.

Pero, sobre todo, lo que más gloria puede todavía dar a César fue la reforma del calendario. Los antiguos romanos dividían el año en doce meses lunares de 29 ó 31 días, lo que daba un total de 354 días, y como el año solar es de 365, cada año había una pérdida de diez o doce días, de modo que cada dos años debía intercalarse un mes de 22 ó 23 días. Para remediar esta anomalía, César llamó a un gran astrónomo de Alejandría, Sosígenes, y se estableció un calendario casi como el actual, con 365 días, añadiendo uno más (*bisextilis*) cada cuatro años, de donde derivó el nombre de año bisiesto.

En las letras hemos de mencionar a Lucrecio. Escritor solitario, cuyo nombre apenas vemos citado entre los escritores clásicos, estaba entonces componiendo un poema sobre *La naturaleza de las cosas*. Todo lo que sabemos de su vida así puede resu-

mirse en estas palabras de San Jerónimo: "Tito Lucrecio, el poeta, nació el 95 a. de Cristo (cinco años después de César); más tarde se volvió loco, por haber bebido un licor excitante, y escribió en los intervalos de lucidez que le dejaban sus ataques. Lucrecio se suicidó a la edad de cuarenta y cuatro años, y Cicerón corrigió y publicó su poema". De este párrafo parece desprenderse que Lucrecio padecía de epilepsia rotatoria y que, en una crisis de furor, debió de matarse, acaso sin quererlo. Su poema refleja a veces una melancolía, mejor dicho, misantropía, algo patológica: "Nada hay más dulce que ponerse en un lugar elevado y, con el corazón lleno de fe en las doctrinas de los filósofos, desde allí contemplar a las gentes de las calles buscando los caminos de la vida, ver las disputas de los que no piensan igual, las rivalidades de los que



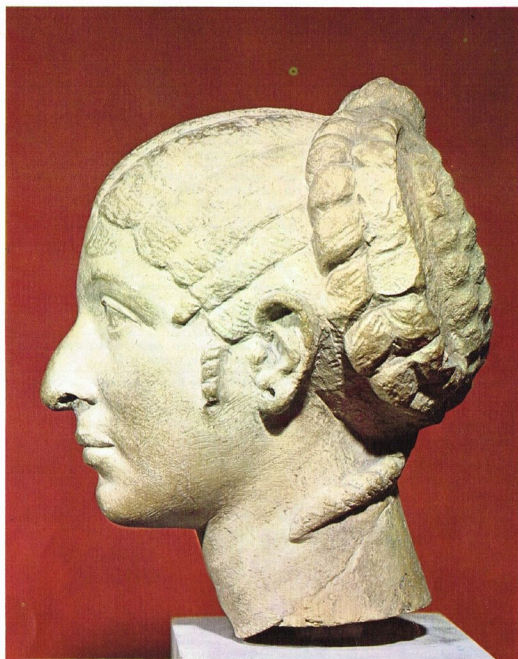


Moneda de Marco Antonio (Gabinete de Monedas, París).

nacieron en diversas clases sociales, esforzándose día y noche para llegar al máximo de poder y riquezas...".

Acaso desde lo alto de uno de los edificios de varios pisos de Roma, albergado sencillamente, Lucrecio podía oír los clamores del populacho en las horas que precedían o seguían a sus crisis nerviosas. No es extraño, pues, que hable a veces del *tedium vitae*, el fastidio del vivir, especialmente para los que no tienen la consolación de la filosofía. Describe así el incesante agitar del hombre vulgar: "Sale de su casa, buscando algo que le distraiga, para volver pronto a ella sin haber hallado nada mejor. Marcha al campo desesperado, como si la ciudad estuviera ardiendo, y en cuanto llega a su hacienda empieza a bostezar, y tan pronto ha cruzado el lindero se pone a dormir para librarse de su aburrimiento. Vuelve en seguida a la ciudad, huyendo de sí mismo, sin conocer la causa de su mal. Si la conociera, lo dejaría todo para procurar su remedio y entender la naturaleza de las cosas primeramente (*naturam primum studeat cognoscere rerum*)..."

Lucrecio habla con un calor, un ímpetu ardiente que no parece romano. Lo dice, además, en largos, rotundos y majestuosos versos, llenos de descripciones, paréntesis y episodios intercalados, que compensan de todo lo que pueda haber de didáctico en su épica. Siente por las gentes gran piedad. Como buen discípulo de Epicuro, le duele ver cómo los hombres corren de un lado a otro arrastrando la carga de la superstición. Su ideal es la *voluptas* de su escuela, pero recordemos que ésta se hallaba basada en la paz del conocimiento. Lucrecio pelea



con los falsos dioses y por arma tiene únicamente su verso latino, que quiere sea lo más claro posible:

"Sé que mi asunto es oscuro, pero la esperanza y el amor a las Musas llenan mi corazón. Ellas me inspiran y me enseñan caminos que nunca siguieron otros poetas. Me acerco con alegría a beber en nuevas fuentes. Gozo cortando flores frescas y espero para mi cabeza una corona que nadie ha llevado todavía... Y porque enseño grandes cosas y pretendo libentar la mente de los humanos de las cadenas de la superstición, tengo que poner mis difíciles conceptos en verso transparente. Busco la gracia de las Musas para mis escritos, porque temo que quienes los lean se aparten asustados de un asunto como el mío; quiero retenerlos con mis versos para que puedan admirar la naturaleza del universo y comprender cómo está hecho y se mueve todo".

*Cabeza de Cleopatra, la última soberana del Egipto tolemaico (Museo Británico, Londres). Con el apoyo de César, a quien sedujo con sus artes femeninas, ganó el trono de Egipto contra su hermano, aspirante tan legítimo como ella. Posteriormente conquistó a Marco Antonio, que quizá gracias a Cleopatra entrevió las grandes posibilidades del Imperio. El Senado les declaró la guerra y César los derrotó en Actium en 31 a. de J. C. Ambos se suicidaron en Alejandría de Egipto para no caer en manos de sus enemigos.*

## BIBLIOGRAFIA

Bengtson, H.	<i>Römische Geschichte</i> , Munich, 1967.
Boissier, G.	<i>Cicéron et ses amis</i> , Paris, 1949.
Büchner, K.	<i>Cicero: Bestand und Wandel seiner geistigen Welt</i> , Heidelberg, 1964.
Canali, L.	<i>Personalità e stile di Cesare</i> , Roma, 1966.
Carcopino, J.	<i>Les secrets de la correspondance de Cicéron</i> (2 vols.), Paris, 1947. <i>Jules César</i> , Paris, 1968.
Gelzer, M.	<i>Cäsar, der Politiker und Staatsmann</i> , Wiesbaden, 1960 (4.ª ed.).
Piganiol, A.	<i>Histoire de Rome</i> , Paris, 1954.
Rambaud, M.	<i>Cicéron et l'histoire romaine</i> , Paris, 1953.
Ross Taylor, L.	<i>Party Politics in the age of Caesar</i> , Berkeley, 1949.
Rossi, R. F.	<i>Marco Antonio nella lotta politica della tarda repubblica romana</i> , Trieste, 1959.
Smith, E.	<i>The Failure of the Roman Republic</i> , Cambridge, 1955.



*Copa llamada de Cleopatra,  
con la supuesta efigie  
de la reina egipcia,  
del siglo I a. de J. C.  
(Museo del Louvre, París).*



La ilustración de este tomo se debe a: Antikensammlungen (Munich), Archivo Edistudio (Barcelona), Atesa (Ginebra), Camera Clix (Nueva York), Daroca (Barcelona), Daspert (Aviñón), Gil Carles (Valencia), Gliptoteca de Munich, Loirat (París), Lolivier (París), Lucchetti (Barcelona), J. F. Martín (Madrid), Mella (Milán), Museo Ashmoleum (Oxford), Museo Británico (Londres), Museo Nacional (Atenas), Museo Staatliche (Berlín), Museo del Louvre (París), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pedicini (Nápoles), Pincider (Florencia), Pucciarelli (Roma), Salmer (Barcelona), Scala-Salmer (Turín), S. E. F. (Turín), T. A. F. (Barcelona), Titus (Turín), Tomsich (Milán), J. Webb (Londres), Woldbye Ole (Copenhague).